

Exposición de óleos y acuarelas de Teodorico Quirós

La colección Ana Clark de Keith presenta óleos y acuarelas de Teodorico Quirós correspondientes al período 1928-1959.

Las acuarelas brindan gran corrección de dibujo y una técnica de veladuras cuya función es construir una estructura plástica (ya que el arte del agua implica mucho más que un simple papel pintado).

En los dos ejemplos de la muestra —Higuerón y puente del Río Chiquero y Casita en Desamparados— junto a los valores atmosféricos prevalece un realismo simplificador de factura pictórica y con notas poéticas y románticas.

Tiene la colección Clark Keith el privilegio de poseer este Higuerón y puente del Río Chiquero. Predomina la belleza del diseño acordado por un colorido —en la clave verde-azul— de extraordinaria unidad y adición a la vigorosidad de la concepción un manchismo sintético de grandes zonas que robustecen la arquitectura mediante un contraste de masas. Por su maestría en la fluidez y estructuración de las pinceladas, armonía compositiva, consonancia de luz y color, concisión del dibujo, espontaneidad y ligereza de toque y la profunda poesía que la envuelve, es ejemplo primerísimo de la acuarela costarricense.

En los óleos sobre motivos típicos —San Josecito de Alajuela, Patio interior (casa de Juan Bautista Quirós), casa de Amadeo, Caña a los bueyes, — Quirós capta rincones apacibles del paisaje tico. Son estudios de luz que envuelven la atmósfera en la estructuración simplificada que Quirós practica. El colorido no llega ni a lo estrepitoso ni a colorín. El fuerte contraste de luces y sombras obtiene la movilidad ambiental requerida, la luz logra la riqueza tropical característica.

Son paisajes estáticos que viven en permanente aislamiento y soledad. En ellos el tiempo parece detenido en una calma poética y los elementos folklóricos o anecdóticos se implantan como sujetos de la veracidad plástica.

El individualismo aislador es tan fuerte que en la Caña a los bueyes, carreta, bueyes y hombre permanecen separados, no acaban de integrarse en un diálogo o

unidad barroca. Lucen en solitaria exposición, aislada e individualizadora, sólo envuelta en el cromatismo luminoso.

La misma placidez estática brindan los dos ejemplos norteamericanos: Battery Place y Central Park (Nueva York), dentro de una esquematización pictórica naturalista.

Una síntesis plástica donde la luz es elemento constructivo me parece es clave explicativa del estilo de Teodorico Quirós. Además aflora en su obra una soledad sin drama ni angustia, mejor como equilibrada en la necesidad existencial. En suma, el pintor refleja características del alma nacional contenida —entonces— como conciencia y ser, en el paisaje. Plasma no sólo una naturaleza de singular morfología, sino el modo como ella es vivida y aprehendida por y en el alma nacional. Hasta su Mar de Puntarenas es un estudio atmosférico que, alcanzando cierta monumentalidad poética —donde la concepción se extendería en una universalidad cósmica— muy al contrario, se restringe en un espacio individual donde el yo puede descansar su aislamiento.

Teodorico Quirós no descubre el paisaje costarricense. Lo crea. Este arte de "casitas" mares y rincones —visto tan de soslayo por algunos universalistas de revistas "a la vanguardia"— es un arte netamente tico.

La colección Ana Clark de Keith puede regocijarse al poseer algunos cuadros de los treinta. Cuando escribía un estudio sobre Enrique Echandi —otro pintor que penetra en el alma nacional, pero desde el retrato— para el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, pude descubrir también algunas acuarelas de ese período. En todas, junto al alto valor técnico, la exposición más profunda de un arte nacional.

Cuando escucho en los corrillos telepáticos los juicios cotidianos exclamando: no existe en Costa Rica un arte nacional, sólo pienso en miopía o irreflexión. Y, desde luego, el Consultorio Rivera —con ser tan bueno— no arreglará la primera, como tampoco un curso de salud mental del recordado maestro Coronado, la segunda.

Ricardo Ulloa Barrenechea